



**Peer Reviewed**

**Title:**

Periodizaciones y cambio de lenguaje: Monsiváis ante la crítica cultural del neoliberalismo

**Journal Issue:**

[Textos Híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana, 1\(1\)](#)

**Author:**

[Corona, Ignacio](#), The Ohio State University

**Publication Date:**

2011

**Permalink:**

<http://escholarship.org/uc/item/2401j94r>

**Keywords:**

Latin American Languages and Societies, Latin American Literature, Spanish Language and Literature, Portuguese Language and Literature

**Local Identifier:**

ucsbspanport\_textoshibridos\_21

**Copyright Information:**

All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author or original publisher for any necessary permissions. eScholarship is not the copyright owner for deposited works. Learn more at [http://www.escholarship.org/help\\_copyright.html#reuse](http://www.escholarship.org/help_copyright.html#reuse)



## PERIODIZACIONES Y CAMBIO DE LENGUAJE: MONSIVÁIS ANTE LA CRÍTICA CULTURAL DEL NEOLIBERALISMO

Ignacio Corona  
The Ohio State University

---

...o no entiendo lo que está pasando o ya  
pasó lo que estaba entendiendo.

Carlos Monsiváis

EN un ensayo sobre la crítica cultural del discurso nacionalista, quien esto escribe afirmaba que “el deceso de un autor con alto grado de reconocimiento público tiende a suscitar una tácita periodización que equivale, poco más o menos, al cierre de un capítulo en la vida cultural de una comunidad o de un país” (Corona, “¿*Civitas* sobre *genus*? s.p.) Agregaba que “tal relación metonímica no ha faltado en el caso del sensible fallecimiento del escritor Carlos Monsiváis”. En efecto, “muchas de las notas difundidas por la prensa han sugerido ese sutil vínculo entre ciclo vital y cultural con que se alimentan las historiografías literarias. Más allá de la estrategia interpretativa de darle sentido al acontecimiento en cuestión, tal relación forma parte también del trabajo de duelo colectivo” (s.p.) De manera por demás anecdótica, esta consideración de “lo epocal” afloró en un panel sobre literatura mexicana en el que se discutía el impacto del neoliberalismo en un reciente congreso académico. Traigo este incidente a colación porque su reflexión puede también inscribirse en la tarea colectiva de examinar la obra monsivaíta en su dimensión social tanto como cultural y literaria. Dada la relevancia de dicha obra, su análisis permitirá examinar las transformaciones de la esfera cultural en el contexto mexicano y, en cierta medida, en el latinoamericano en general.

George Yúdice ha argumentado que, en la era global, la cultura se ha instrumentalizado hasta convertirse en una especie de recurso sometido a una racionalidad económica o ecológica: “[t]he notion of culture as a resource entails its management, a view that was not characteristic of either high culture or everyday culture in the anthropological sense. And to further complicate matters, culture as a resource circulates globally, with ever increasing velocity” (4). Dicha comprensión de lo cultural trastoca, sustancialmente, los conceptos politizados y tensionados de “cultura nacional” y “cultura popular” en el ámbito de la sociedad de consumo, con los que Monsiváis trabajó a lo largo de varias décadas. Es más que probable que las

transformaciones económicas de los últimos veinticinco años han influido no solo en el mercado y en la propia oferta literaria, sino también en la crítica que la interpreta. De manera irónica, es la crítica literaria una de las prácticas menos favorecidas por los nuevos cambios culturales y económicos, quedando en su mayoría relegada a la esfera académica y sin mayores posibilidades de trascendencia o significación social. Tal proyección social contrasta con la notoriedad alcanzada por la obra crítica de Monsiváis ubicada en la intersección de instituciones, prácticas y discursos culturales. Si para el estudio del hipotético impacto del neoliberalismo en la literatura es preciso cuestionar planteamientos mecánicos sobre cómo el discurso de la economía se filtra (o puede filtrarse) en el espacio representacional literario y se hace necesario, por ello, priorizar un abordaje a la vasta retícula de procesos de mediación entre la imaginación económica y la literaria, para la crítica literaria cobran igual importancia las periodizaciones, los cambios de enfoque y la generación, sino de un nuevo lenguaje, de un arsenal terminológico con que autorizar o desautorizar perspectivas interpretativas.

Hay numerosas evidencias de este cambio de lenguaje o terminología en la crítica de los últimos años, mas la anécdota en cuestión lo ejemplifica con nitidez al contener en un solo contexto ilocutorio: un diagnóstico metacrítico; una operación de corte temporal —imprescindible en todo juicio de carácter histórico—; la convicción —ciertamente no despojada de un indudable significado político— de un cambio de mentalidad en el imaginario social; un procedimiento de simplificación por generalización, en las antípodas de lo que para Gayatri C. Spivak sería “la multiplicidad de la determinación” (xii). Esta intervención ocurrió como respuesta a una ponencia en que se exponían ciertas paradojas que atraviesan el campo cultural y el mercado literario mexicanos mediante la exploración del *ethos* neoliberal, a partir de ejemplos literarios muy *ad hoc*, como serían algunos textos de Xavier Velasco y Guadalupe Loaeza. El análisis fue calificado de “sesentayochesco” por un profesor de literatura que formaba parte del público. Como se estila en el México post-salinista, tal adjetivo es lanzado como una especie combinada de vituperio y descalificación contra aquellos juicios críticos percibidos como “de izquierda” o deudores de un análisis más “político” o “situacional” que estético de temas, procesos, textos y artefactos culturales. El calificativo fue seguido de la más entrañable loa al papel liberador del Mercado. En ella se traslucía no la usual declaración del fin de los metarrelatos —asociados con la “crítica de izquierda”—, sino el apuntalamiento de uno de nuevo cuño. A saber, el cambio de política económica a la vuelta de siglo había originado en México la mayor abundancia de editoriales y diversificación de tendencias y subgéneros literarios que se tuviera memoria en el país. En poco tiempo, el Mercado habría enriquecido el pequeño y empobrecido panorama literario nacional y convertido a México en una especie de jauja literaria. El nuevo modelo de política

económica se habría constituido, así, en el factor decisivo de la renovación cultural y del florecimiento literario.

Ese súbito homenaje al Mercado *qua* agente creador resultó una reveladora muestra del “trabajo” —en sentido freudiano— de la ideología neoliberal en acción al interior del campo literario. No por parcial o visceral, el comentario carecía de sentido común o estaba privado de cierta información factual. En efecto, aprovechando las posibilidades “democratizadoras” de las nuevas tecnologías de impresión a bajo costo, es casi seguro que nunca antes se habría publicado con tal celeridad y en tal abundancia. El dato de la sobreoferta literaria sería indudable por la evidencia cuantitativa que ofrecería el hecho de que nunca se hubieran publicado tantos libros, ni fundado tantas editoriales, en un país que tampoco nunca antes había tenido tantos habitantes ni —habría que agregar para matizar el asunto— tantos recién graduados de universidades e instituciones de educación media y superior que, sin oportunidades de inserción laboral a corto plazo, se habían convertido en fundadores de revistas, editoriales independientes, fanzines y portales ciberliterarios, así como en debutantes en la creación literaria. En este caso, se podrían enlistar algunos de los integrantes de la llamada “Generation MeX” (Corona, “¿Estrategias para salir de la ciudad letrada?” 225-40). Al igual que las ubicuas compañías multinacionales —la faz visible del Mercado—, ellos también serían agentes responsables de la expansión de la oferta literaria y de la multiplicación de escrituras, muchas de ellas desengañadas, iconoclastas y rebeldes. A la alabanza del poder demiúrgico de un gran mecanismo impersonal —el Mercado—, correspondería en un acto de justicia poética invocar a un sinnúmero de no tan reconocidos actores culturales por su contribución individual a la diversificación literaria mexicana. Sobre todo, porque en muchos casos ellos han sido también las víctimas de las políticas económicas que han colocado el Mercado al centro rector de la vida no solo económica, sino también social y cultural del país.

El sentido elogio del Mercado por parte del profesor contrastaría con la tradicional reserva o ambivalencia de la crítica mexicana sobre el tema, como lo podría representar quien en su momento fuera el más visible intelectual *rapprocher* con la iniciativa privada —en particular con el mayor consorcio televisivo en español— y con quien Monsiváis sostuviera públicas diferencias de opinión. En pleno proceso de reestructuración neoliberal de la economía mexicana, legitimado por los voceros oficiales como “proceso de modernización”, Octavio Paz se convertía en el primer escritor del país en recibir el premio Nobel de literatura. En su discurso de aceptación, el cual giraba en torno a la modernidad, introdujo una breve pero significativa referencia a uno de los temas que más le ocuparon sus últimos años: la ignorada relación entre economía y cultura. Afirmaba que “el Mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, no tiene conciencia y tampoco misericordia” (Skirius 486). La relación que establecía entre modernidad y mercado no era gratuita. Paz estaba consciente de que la llamada edad moderna, desde finales del siglo

dieciocho, no habría sido posible sin ese mecanismo clave del sistema capitalista. “[E]l Mercado es necesario; es el corazón de la actividad económica y es uno de los motores de la historia”, agregaría en un ensayo posterior: “Nihilismo y democracia”. Al mismo tiempo, azorado por la lógica del capitalismo tardío, como en su momento lo fuera la generación modernista por el proceso de incorporación forzada de la región al primer mercado global a fines del siglo diecinueve, Paz no dejaba de traslucir una cierta incomodidad: “[...] el Mercado nos condena a desechar lo que compramos ayer y, por la boca ubicua de la publicidad, nos intoxica con la droga infernal de la novedad. Idolatría del siglo XX: la adoración de las cosas nuevas que duran lo que dura un parpadeo. Gran engañifa del Mercado, servidor de la nada, rival de Satanás” (492).

La ambigüedad del gran crítico del Ogro Filantrópico era entendible al formar parte de una de las tradiciones intelectuales para la cual la relación entre el mercado y la literatura no solo era espuria, sino también escandalosa, pues implicaba la negación de la autonomía del arte, un asunto crucial para dicha tradición. La literatura no debería convertirse en panfleto al acercarse en demasía a un ideario político, porque éste terminaría siempre condicionándola y sometiéndola. Pero tampoco debería transformarse en mercancía, al dejarse seducir por las reglas comerciales que tiende a imponer el Mercado a la producción cultural. Cayendo en uno u otro extremo, la verdadera literatura sucumbiría. Se trataba, así, no solo de un asunto de índole estética, sino también ética. En su labor intelectual, la ética del escritor y la del propio crítico debería de ser de naturaleza estética, antes que de orden moral o político. En ello radicaría una de las razones de desacuerdo con Monsiváis, como veremos más adelante.

Con ligeras variantes, la formulación articulada por Paz ha caracterizado a esa tradición que, en realidad, tiende a simplificar la cuestión al imaginarse al Mercado como una entidad cohesiva, no contradictoria, no dinámica y, sobre todo, como antagónica a la lógica cultural. En ella, vender mucho es sinónimo de escribir condescendentemente o mal; razonamiento que se encuentra a la base del ataque contra la llamada “literatura light”, por ejemplo, y sus particulares convenciones literarias. No obstante, el Mercado omnipresente y omnipotente no necesariamente crece a un ritmo armónico, sino que su crecimiento puede ser también irregular o anómalo. El discurso que lo aprehende ha tendido a simplificarlo en demasía. Afirma, en ese sentido, Luis Cárcamo-Huechante: “el análisis de la figura del ‘libre mercado’ requiere de tensas transiciones y transacciones de lenguajes y contextos: es un concepto escurridizo, fluctuante, equívoco” (14). Entonces, a la aseveración de que el Mercado ha motivado, inspirado, generado o desencadenado —cualesquiera que sea el esquema causal o genético que se prefiera— la superproducción o superabundancia literaria mexicana le debería de corresponder —según la ley de la oferta y la demanda— una creciente demanda apuntalada por el aumento sostenido del público consumidor o lector. No obstante, lo que la reciente *Encuesta Nacional de Hábitos*,

*Prácticas y Consumos Culturales* a cargo del CONACULTA —la más ambiciosa en su tipo jamás efectuada en el país— muestra es antitético. El 27% de la población afirmó que el año pasado había leído un libro —comparado con 87% para UK o 71% para Francia), pero solo el 13% de ese 27% terminó la lectura. 86% de los encuestados nunca ha ido a una exposición y el 43% no conoce biblioteca alguna. El 48% de los encuestados admite que tiene poco o ningún interés por los asuntos culturales.

¿Cómo explicar, entonces, el mencionado excedente de oferta editorial y literaria en un país sin lectores? Habría que recurrir, en parte, a un análisis situacional del problema. Por un lado, dichos datos son consistentes con la distribución socioeconómica y de estándar de vida en una sociedad neoliberal crecientemente polarizada, en donde el disfrute de una asombrosa cantidad de formas y bienes de consumo —material y simbólico— recae en una minoría. Para ésta, jamás ha habido, en efecto, tanta y tan variada oferta en un contexto local, internacional y transnacional. Por otro lado, son asimismo consistentes con la imagen de un país caracterizado por un desarrollo social y regional desigual, con un mercado cultural deficiente y anómalo, en que los elementos y condiciones que compondrían un mercado literario “ideal” —mucho demanda y muchos lectores, por ejemplo— no existen como tal. Más que el fracaso de las políticas culturales *per se*, para gobiernos no tan interesados en la cultura o en “el recurso de la cultura” —que menciona Yúdice—, los resultados de la encuesta hablarían de un sonoro fracaso de políticas educativas. No es una coincidencia, en el caso mexicano, que los organismos federales de la cultura dependan de la Secretaría de Educación. Difícilmente puede haber consumo cultural de los llamados bienes simbólicos, sin la educación apropiada o sin una educación de calidad y, según constatan diversos estudios internacionales comparativos de la educación a diferentes niveles, los resultados en pruebas o exámenes respectivos son deficitarios tanto para los estudiantes como para los propios docentes.

El calificativo de “sesentayochesca”, volviendo al alegato del profesor, sería una evidencia preciosa del cambio de discurso operado por el neoliberalismo en la crítica reciente. Denotaría, sobre todo, un vaciamiento o expulsión del sentido de “lo político” en la crítica cultural. Al desestimar el discurso de la crítica asociada al movimiento del 68, la mencionada intervención oral parecía anticipar el anuncio luctuoso que muchos lamentaríamos pocos meses después. En efecto, si bien el líder moral de la generación del 68 había sido el escritor José Revueltas, no hay discusión que el mayor crítico cultural de la misma lo sería Carlos Monsiváis. Como bien ha dicho Tanius Karam: “No es casual que [a éste] se le considere una especie de padrino intelectual de esa generación de escritores y periodistas literarios” (352). La pérdida del mayor y más lúcido exponente de esa generación en junio de 2010 se sumaría a toda una serie de pérdidas de referentes culturales y de cuestionamientos políticos para la izquierda mexicana. Abrumada por la infinita e inestable fragmentación del cuerpo

social, los intereses políticos de las luchas sociales y, por añadidura, los efectos sociales del globalismo, los “últimos mohicanos” de la crítica “sesentayochesca”, sumergidos en lo profundo de la realidad neoliberal, bien podrían parafrasear aquella aguda confesión de Monsiváis que sirve de epígrafe a este ensayo. Por si fuera poco, la relación de la crítica “sesentayochesca” con la prensa como *locus* alternativo de diseminación del conocimiento, formación de la opinión pública y plataforma de análisis social con aspiraciones de intervención en las problemáticas sociales y políticas ha perdido prestigio y se presenta como un discurso cada vez más anacrónico. El análisis del propio Monsiváis sobre el tema en su ensayo ganador del Premio Anagrama sintetizaba la problemática:

[a] la izquierda la detiene y confunde la caída del socialismo real, con sus preguntas adjuntas: ¿es ya el socialismo una meta anacrónica, gracias a los resultados funestos de lo que usurpó su nombre? ¿Quién, de hoy en más, logrará huir del capitalismo? ¿Salen sobrando hoy los ideales de justicia social? En América Latina, casi todo tiende a solidificar el nuevo determinismo: no hay más ruta ni devoción que el mercado libre. (249-50)

El intento de periodización por parte del espontáneo abogado defensor del Mercado, posiblemente encontraría la desaparición física de Monsiváis ocasión propicia para pronunciar, de una vez, la cancelación no solo de un periodo del pensamiento crítico mexicano, sino de todo un discurso y una posición moral. Como Linda Egan lo ha afirmado recientemente, Monsiváis logró desde una posición ética otorgarse a sí mismo su “autoridad para hablar”: “[d]e importancia constitutiva previa es la autoridad que se percibe en el cronista como ser ético y como testigo experto” (26). Esa autoridad es la que la puesta en práctica de un nuevo arsenal terminológico se abocaría a concluir: “le roi est mort”. Por ende, el mensaje cifrado en el calificativo usado por el profesor se inferiría entrelíneas en esa posibilidad retrospectiva: “el líder cultural de la ‘crítica sesentayochesca’ ha desaparecido y con él toda una práctica o perspectiva crítica”. En consecuencia, todo ejercicio crítico que hiciese suyo sus postulados, politizando o haciendo comentarios sociales en torno a su objeto de estudio, habría sido “superada” por la inversión de las premisas, el cambio de foco, discurso, tono y actitud requeridos por los “nuevos” tiempos —neoliberales—.

Mas si la “crítica sesentayochesca” ha dejado de ser —fuera de la imaginación del profesorial pronunciante—, ¿qué caracterizaría, entonces, a la crítica literaria “post-sesentayochesca”? Si se toma en cuenta su aparente cercanía ideológica con los mapas cognitivos y la axiología del foxismo se podría calificar, a su vez, “del nuevo milenio”. Más allá del empleo de ciertos marcos teóricos o términos de moda, lo sustancial del abordaje de la “crítica del nuevo milenio”, no es muy novedoso: su foco exclusivo en

el texto literario, que más que objeto privilegiado se convierte en el único objeto de estudio de la crítica, tiene una rancia historia en un discurso crítico que es cíclico y, por lo tanto, recurrente. Se trata de una crítica que trata de evadir el solipsismo al destacar las relaciones intertextuales del texto en un vasto circuito transhistórico. En la misma medida, rechaza las perspectivas de carácter interdisciplinario que procuran establecer relaciones entre el texto literario y procesos sociales, culturales y políticos o, por así decirlo, entre lo simbólico y lo material. Esa primacía del texto literario, requiere de una atribución, asignación y administración jerarquizada del capital simbólico: merecen estudiarse y reconocerse solo aquellas obras con un nivel de sofisticación y valor artístico o literario a juicio del árbitro del gusto cultural o literario. La subyacente intención política no es muy democrática y hermana la polarización neoliberal con el elitismo o arielismo de tiempos pasados. Tal posición contrasta con la perspectiva abierta por los llamados estudios culturales o transculturales los cuales, aún en su diversidad, coincidirían en concebir la cuestión del valor no como una mera cuestión estética, sino de política cultural y en tratar al texto literario, por ende, no como ubicado el centro de todo sistema cultural, sino como uno de los elementos de un amplio sistema de producción, circulación y consumo cultural.

Su alejamiento de lo sociológico como tema o contenido no impide que sea una crítica muy atenta al hecho de que las reglas de juego en el ámbito de las propias instituciones culturales, como fuera de ellas, han cambiado en las últimas décadas. Al parecer, sus practicantes —dentro y fuera de instituciones educativas diversas— reconocen que el valor artístico no debe ser una donación del poder estatal como antaño, sino algo tan ganable como el salario o el mérito individual. Justo como en el mercado de trabajo, dado que toda obra individual es producto del esfuerzo y talento de creadores individuales. Por ello se pone énfasis en los premios literarios que establecen las nuevas rutas válidas de legitimación cultural y, a la vez, reactivan la oferta editorial espueleando la demanda. Eso explica la proliferación de premios de todo tipo que saturan el mercado literario en un derroche de capital simbólico, logrando una especie de espiral inflacionaria del mérito literario. De hecho, tal vez solo los premios nacionales a obra vitalicia adquieran en el presente contexto una validez y consideración unánime. Así, el periodo neoliberal presencia la formulación de nuevas reglas y condiciones que trastocan los mitos fundacionales del aura del valor literario: éxito literario igual a éxito de ventas, así como premio a la crítica igual a éxito crítico.

Con su implícita periodización y cambio de discurso, la mencionada anécdota podría simbolizar el hecho de que una de las consecuencias inesperadas de la implementación de las políticas neoliberales, en lo que al campo cultural y literario mexicano concierne, está siendo la re-escritura de la historiografía literaria. Un antes y después del neoliberalismo se manifiesta como un proceso que re-organiza tendencias y críticas literarias, así como cancela o desautoriza prácticas remitidas a un “pasado



cierto”. En su arrebatado optimismo, exponentes o proto-exponentes de la “crítica del nuevo milenio” optan por reinstitucionalizar la literatura, autonomizar su práctica y sus criterios, avanzar una lectura “apolítica” del texto, sin barruntos de crítica social o ideológica. Lo suyo es lo literario, en su versión más elitista, nada más. Se denosta, pues, la razón crítica de los metarrelatos de tipo emancipatorio e implícita pero, ineluctablemente, se favorece lo que Sloterdijk llamaría “la razón cínica”. De ahí que lo novedoso o innovador de la temática sea fundamental en su atracción a lo antitradicional, lo controversial, lo indecible, lo oscuro, lo tabú, lo virtual, lo irreal, las nuevas identidades, etc. En ello radica su mérito al revelar en la obra de muchos escritores canónicos y no canónicos, temen que llevan los límites del humanismo a sus últimas consecuencias o a su franca negación. Mas la exploración de la individualidad ocurre en detrimento de lo colectivo o lo social que, en apariencia, aparece como desfasado. El *ethos* neoliberal se transparenta, así, en los nuevos conglomerados de significado del discurso crítico. Lo que hace falta es situar dichos significados y entrever sus implicaciones y repercusiones sociales y culturales. En ese sentido, lo que la obra de Monsiváis, en su fusión de ética y crítica literaria y cultural, logró fue hacer de esta última actividad lo que ninguna otra práctica profesional o disciplina académica podría hacer de la misma forma, ni con la misma profundidad. Al vincular contextos y posiciones, discursos e intenciones, valores y conceptos seguirá, en el nuevo milenio, ofreciendo un modelo “transgeneracional” de pensamiento reflexivo y de crítica útil, tanto para lidiar con la crisis de las humanidades en diversos contextos geoculturales, como para relativizar la cuestionable novedad u originalidad de ciertas posiciones críticas.

OBRAS CITADAS

- Cárcamo-Huechante, Luis E. *Tramas del mercado: imaginación económica, cultura pública y literatura en el Chile de fines del siglo veinte*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio, 2007. Print.
- CONACULTA. *Encuesta Nacional de Hábitos, Prácticas y Consumos Culturales*. Ago. 2010. En línea.  
<[http://www.conaculta.gob.mx/recursos/banners/ENCUESTA\\_NACIONAL.pdf](http://www.conaculta.gob.mx/recursos/banners/ENCUESTA_NACIONAL.pdf)>.
- Corona, Ignacio. “¿*Civitas* sobre *genus*? Monsiváis y la crítica del nacionalismo decorativo”. *Taller de Letras* [en prensa]
- . “¿Estrategias para salir de la ciudad letrada?: la reconversión de la crítica, el posnacionalismo y la *Generation MeX*.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 33.65 (2008): 225-40. Print.
- Egan, Linda. “Autoridad para hablar.” *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* 475 (2010): 26-29. Print
- Karam, Tanius. “A tres caídas sin límite de tiempo: una introducción a la obra de Carlos Monsiváis.” *Caleidoscopio crítico de literatura mexicana contemporánea*. Ed. Adriana Hernández Sandoval. México, D.F.: ITESM / Porrúa, 2006. 347-68. Print.
- Monsiváis, Carlos. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama, 2000. Print.
- Paz, Octavio. “La búsqueda del presente.” *Skirius* 475-86.
- . “Nihilismo y democracia.” *Skirius* 487-94.
- Skirius, John, ed. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2004. Print.
- Sloterdijk, Peter. *Critique of Cynical Reason*. Minneapolis, MN: U Minnesota P, 1987. Print.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. New York: Routledge, 1988. Print.
- Yúdice, George. *The Expediency of Culture. Uses of Culture in the Global Era*. Durham, NC: Duke UP, 2003. Print.